

La casa gallega

Discurso lido o día 16 de setembro
de 1951 no acto da súa recepción,
polo ilustrísimo señor don

Xaquín Lorenzo Fernández

e resposta do excelentísimo señor don

Ramón Otero Pedrayo



REAL ACADEMIA GALEGA



La casa gallega

O solemne acto académico
en que foron lidos os dous
discursos recolleitos no
presente volume celebrouse
o 16 de setembro de 1951
no antigo refectorio do mosteiro de San
Rosendo, en Celanova.

A edición dos textos
realizouse a partir dos manuscritos
conservados no arquivo
da Real Academia Galega.

Edita

Real Academia Galega

© Herdeiros e herdeiras
de Ramón Otero Pedrayo, 2024

© Real Academia Galega, 2024

Deseño da colección

Grupo Revisión Deseño

<https://doi.org/10.32766/rag.434>

La casa gallega



REAL ACADEMIA GALEGA

A Coruña 2024

Discurso do ilustrísimo señor don
Xaquín Lorenzo Fernández



Señores académicos.
Señoras, señores.

Es indudablemente trascendental en nuestra vida el momento en que nos vemos obligados a mirar hacia atrás para hacer el balance de nuestra labor. Al hacer historia, llevamos a cabo un aprendizaje para esta tarea, ya que la historia del individuo es a la historia de la humanidad lo que el hombre es al conjunto de sus semejantes. Hay, no obstante, una diferencia fundamental: ante la historia, el investigador es un ser pasivo, que se convierte en activo cuando se trata de la propia vida; de aquí que el balance personal nunca puede ser objetivo.

Todos nosotros hemos aspirado alguna vez a esa segunda vida de que habla Jorge Manrique en sus coplas y todos hemos creído en algún momento haberla conquistado. Sin embargo, llega un día para nosotros en que nuestra existencia se conexiona con la verdadera historia y entonces vemos resaltar nuestra insignificancia cósmica ante la magnitud de esa misma historia que nos arrastra en su fluir maravilloso y avasallador.

No extrañéis, pues, que yo me sienta abatido ante el brillo de la historia de Galicia, ya que decir historia de Galicia quiere decir también Real Academia Gallega, asentada sobre el prestigio de los que fueron autores y actores de nuestra historia.

Mis primeros pasos en el campo de la investigación fueron guiados por muchos de vosotros y con vuestras enseñanzas aprendí también a venerar la memoria de aquellos que son hoy para nosotros más que hombres, pues han pasado a ser símbolos, presididos por la figura venerable del gran patriarca de las letras gallegas, nuestro Manuel Murguía. A partir de él, lo más noble y lo mejor de Galicia ha desfilado por vuestra cátedra. La historia, la música, la pintura y la ciencia, la escultura y la poesía han engalanado a la Academia con las flores más bellas y puras de su fuerza creadora.

No extrañéis, pues, mi confusión: es un tribunal noble y elevado el que me escucha y hoy, como antaño, vengo a exponer al juicio de mis maestros y de los maestros de la Ciencia gallega el resultado de mis trabajos. Pero sé también, y esto me tranquiliza, que dais aliento a los que vacilan y disculpáis los errores de los que se equivocan de buena fe.

Dos nombres, no obstante, quiero evocar aquí. Es uno la figura venerable de un maestro lleno de ciencia y de bondad, que me alentó muchas veces con sus consejos y me animó con su sabiduría. Ya habréis comprendido de quien hablo: Dios llamó a Sí a D. Wenceslao Requejo y en Él habrá encontrado el premio de sus virtudes pero

... aunque la vida murió,
nos dejó harto consuelo
su memoria.

Flotando sobre nuestros valles y sobre nuestras montañas, entre el rumor del viento y el cantar de los pájaros, acompañado por el rodar de las olas y la melodía cristalina de los ríos, vibra en nuestro campo el nombre de su cantor: Antonio Noriega Varela. Él supo con su genio alado de poeta captar los matices sutiles que dan personalidad a nuestro paisaje y a nuestra vida campesina.

Las flores hablaron para él y a él dedicó el viento sus arpadas estrofas. A través de toda Galicia asomó el alma de la raza dirigiéndole sus palabras silenciosas en las que se contenía la queja muda de su dolor. Y Noriega Varela, animado por el espíritu de los antiguos bardos, supo comprender este lenguaje y plasmarlo en la joya de sus estrofas, en las que aprisionó para nuestro regalo toda la belleza creada por Dios en Galicia y que encontró en Noriega Varela un intérprete genial. Él supo recorrer delicadamente nuestra tierra. Su espíritu poético gustó los más sutiles matices con la

misma suavidad con que las flores exhalan su aroma y con que los arroyos desgranar su música.

Grande es el contraste que yo os voy a presentar: lo que el rozó ligeramente con sus dedos de poeta voy yo a analizarlo un poco rudamente con el escarpelo del investigador. Donde él vio poesía, voy yo a ver ciencia; donde él vio belleza, voy yo a ver realidad. Y sin embargo, uno y otro, cada cual desde su punto de vista intentamos sorprender un resplandor del espíritu ancestral de nuestra tierra.

Pocos paisajes se encuentran en el mundo tan profundamente humanizados como los de Galicia. Desde las orillas del océano hasta los nudos montañosos del interior, la mano del hombre imprimió su huella en la tierra dándole movimiento y vida, identificándose con ella en su más profunda esencia. Tan íntima es esta relación entre el hombre y el paisaje en nuestra tierra, que no es fácil a veces distinguir si es la geografía la que influye en los pobladores o si son estos los que dan a aquella su carácter.

Esta relación mutua se manifiesta con una asombrosa intensidad en la vivienda, que forma quizás el nexo más fuerte de todos los que unen al hombre con el suelo, formando, por decirlo así, como una solución de continuidad entre la tierra y el poblador.

El tradicional apego de los gallegos a su tierra se debe en gran parte a la vivienda, que aquí adquiere un valor emotivo al identificarse con la familia; por eso la palabra *lar* se aplica indistintamente a la casa y a los que en ella habitan.

Es curioso observar que es esta vida de relación social lo que más valor tiene para los gallegos, pues el elemento que le circunda, el paisaje, le deja casi totalmente indiferente, en apariencia, habiendo superado él mismo con sus producciones a la propia naturaleza.

Es indudable que la geografía imprime un determinado carácter a las construcciones humanas, ya que es el suelo el que proporciona los materiales constructivos. Pero no hay que olvidar que el que dispone estos materiales es el hombre y que al hacerlo les imprime su carácter y les injerta su propia personalidad.

Al intentar un estudio sobre la casa en Galicia, es preciso hacerlo en un sentido histórico y morfológico, aun cuando las dificultades en estos dos aspectos son muy grandes. Históricamente, nos encontramos con un enorme hiato que comprende

desde la invasión romana hasta la Edad Moderna; este largo periodo solamente podemos intentar llenarlo por medio de conjeturas ya que nos falta documentación directa.

En cuanto al estudio de la casa actual, la carencia de estudios monográficos dificulta igualmente la labor, teniendo que pasar desapercibidas multitud de características locales posiblemente de un alto interés.

Los más antiguos restos arqueológicos de viviendas los encontramos en algunos castros, que nos revelan un tipo muy primitivo de habitación consistente en una choza circular u oval confeccionada con maderas o ramas, y cuyas paredes se recubrían después con barro que el sol y el calor del hogar se encargaban de endurecer.

Podemos lógicamente suponer un precedente de estas viviendas en simples chozas sin recebo alguno de barro. Este precedente nos llevaría a tiempos anteriores a la invasión celta, quizás al neolítico, pero aun cuando no faltan en Galicia restos de estas edades, nada sabemos en concreto de sus poblados ni de sus viviendas, y únicamente por conjeturas podemos intentar una reconstrucción aproximada de la vivienda neolítica. Indudablemente, gran parte de los elementos culturales de la civilización de los castros tiene un origen precéltico, como ocurre con las viviendas. Se ha señalado muchas veces la tendencia innata en el campo gallego a la construcción de paredes curvas y de esquinas redondeadas: esta tendencia la encontramos ya en los castros, aunque conviviendo con las paredes rectas y las esquinas en ángulo. Ambos elementos, el curvo y el recto, existen en la Galicia celta y es muy posible que los dos hubiesen sido empleados desde tiempos más antiguos. Roma, al ocupar Galicia, hizo triunfar la tendencia a las casas cuadradas, aunque sin que las redondas desapareciesen por completo.

No voy a entrar en detalles acerca de la estructura de las viviendas de los castros por ser ya sobradamente conocidas. Haré solamente resaltar algunos detalles que interesan para nuestro objeto.

Varias veces se intentó un paralelo entre las habitaciones de los castros y las célebres *pallozas* del Cebreiro, considerando estas como una especie de fósil protohistórico que nos permitiría hoy aclarar muchos aspectos de la vivienda céltica. Es preciso, no obstante, tener en cuenta una diferencia fundamental entre ambas, que es la del tamaño. Las *pallozas* del Cebreiro son verdaderos palacios si se las compara con la mayoría de las viviendas de los castros, mucho más pequeñas y de una organización mucho más simple. Esta diferencia se traduce en la separación entre los celtas de una

serie de elementos que conviven en el Cebreiro, sobre todo los animales, que en las *pallozas* se cobijan bajo el mismo techo que las personas, mientras que en los castros no ocurría así.

La casa no solamente es albergue del hombre, sino que responde a una serie de necesidades que nacen del tipo de economía de sus moradores. Nuestros campesinos se dedican preferentemente a la agricultura, mientras que los habitantes de los castros parece ser que eran fundamentalmente ganaderos. El menor número de reses que en la actualidad existen en el campo gallego con relación a los existentes en la protohistoria, permite albergarlos en los mismos edificios que las personas, bien en la misma habitación, bien en dependencias aparte, pero cobijados todos por lo general bajo el mismo techo. En los castros, por el contrario, la importancia del ganado y, sobre todo, su número, exigía una disposición especial de las viviendas, con construcciones dedicadas a los animales. No solo no convivían en los castros hombres y animales, sino que probablemente estos circularían por el interior del poblado en muy contadas ocasiones. Nos referimos, desde luego, a los animales de talla grande, especialmente el ganado vacuno y el caballo, pues algunos otros, como las aves de corral, era indudable que vivían al lado de las personas como lo demuestra la existencia de pilas de piedra para beber, semejantes a las actuales, y que con tanta abundancia aparecen en las casas citanienses.

Algo semejante debió de ocurrir con otros animales de talla pequeña, principalmente los cerdos. Probablemente con destino a estos animales, se construían los pequeños recintos que aparecen entre las casas de las citanias, unas veces en forma de vestíbulo y otras aprovechando pequeños espacios que las casas dejan entre sí. Estos últimos aparecen casi siempre limitados en parte por una o varias casas y en el resto de su perímetro por muros cuya estructura demuestra que estaban descubiertos. Estos espacios así limitados desempeñaban un papel semejante al de los patios actuales, siendo una especie de expansión de la casa hacia el exterior.

Es indudable que, pese a las diferencias constructivas existentes entre las casas campesinas de la Galicia actual y las viviendas de las citanias, la disposición general es muy semejante, no solo por ser un producto de la misma geografía y destinadas a cubrir necesidades semejantes, sino, y fundamentalmente, por ser ambas producto del mismo espíritu, ya que nuestro pueblo, pese a las influencias recibidas, conservó las tendencias instintivas que informaron la producción de sus antepasados pre y protohistóricos.



Sería sumamente interesante el estudio directo de la vivienda en el periodo que se sitúa entre la época de los castros y los tiempos actuales, pero, por desgracia, es un vacío difícil de llenar. Quizá con el transcurso del tiempo se pueda conocer con más detalle la transformación sufrida por la vida indígena con la llegada de los romanos, pero por hoy es poco lo que sabemos.

Se ha exagerado de una manera excesiva el valor de la romanización; es preciso tener en cuenta que los ejércitos conquistadores que penetraron en el NO peninsular estaban formados por gentes del pueblo incultas e incapaces, por lo tanto, de ser portadores y transmisores de una cultura. Por otra parte, debemos de tener presente que el número de componentes de estas legiones era muy reducido con relación a la población del país que venían a dominar, y que solo pudo ser sojuzgado merced a la superioridad castrense de Roma y a las divisiones y luchas intestinas que minaban la seguridad del país céltico.

Si consideramos la autorizadísima opinión de los que sostienen que el latín fue introducido en Galicia no por Roma, sino por la Iglesia cristiana, nos encontramos con que la influencia romana en el aspecto cultural es casi nula, reduciéndose a la introducción de algunas técnicas, como la rueda de alfarero, que no obstante conviven con las formas indígenas.

No voy a entrar en un análisis detallado de esta cuestión, pues para mi objeto basta hacer constar la pobreza y la escasez de las obras romanas en el NO peninsular, y aun entre estas resaltar su carácter castrense y no civil. Encontramos aquí calzadas, puentes y murallas, pero faltan esas obras que indican una romanización profunda, como los arcos, los teatros y los circos.

La llegada de las legiones romanas originó una serie de luchas que terminaron con un largo periodo de paz durante el cual se transforma y modifica la vida de los pobladores de los castros. La guerra es sustituida por el trabajo; los habitantes de los castros bajan a establecerse en las vegas y se intensifica la agricultura hasta convertirse en la principal ocupación. Las nuevas formas de vida exigen una adaptación de la vivienda y así, la habitación del castro pasa a ser un centro de explotación agrícola, pero es preciso observar que casi no aparecen en ella elementos nuevos, sino que se hace mediante la adaptación de los antiguos. Adquiere un mayor predominio la casa cuadrada y toma mayor amplitud al contar con un espacio libre por donde extenderse, pero tanto la disposición como la mayoría de los elementos constructivos responden al tipo ya conocido en los castros. Lo mismo que en aquellos, encontramos

las paredes sin tizones y las esquinas sin enlazar; es de advertir, sin embargo, que es ahora cuando estos elementos comienzan a hacer su aparición, habiéndolos encontrado nosotros en algunas ocasiones empleados en una forma tan ruda e ingenua que claramente demuestran ser usados con un desconocimiento casi absoluto de su utilidad funcional.

Quizá pudiésemos reducir la influencia de Roma en este aspecto a la utilización constante desde este momento de muros comunes a dos casas distintas, fenómeno ajeno a las construcciones castreñas, aunque debiendo advertir que esta tendencia a aislar unas casas de otras no muere totalmente, como puede comprobarse aún en las construcciones rurales de hoy. En la época a que nos referimos es necesario distinguir la habitación individual de las de tipo de villa, en la que las casas de los sirvientes se aglomeran formando un conjunto sujeto a un plan uniforme y en el que los servicios se disponen con una mayor amplitud.

Quizá pudiéramos pensar en el atrio de estas villas como en un antecedente de los patios actuales. El patio responde a la necesidad de un mayor espacio para una serie de servicios que la intensificación de la agricultura tiene consigo. Este problema lo sintieron indudablemente las villas y en menor escala las casas aisladas de pequeños labradores.

Este patio tiene en las llamadas casas grandes una gran importancia: forma la parte central del edificio, que se extiende a su alrededor ocupando tres de sus lados y a veces los cuatro. En las viviendas más modestas, el patio no tiene tanta importancia y se encuentra generalmente en el frente de la casa, ocupando esta uno de sus lados y cerrando los otros tres con muros de mayor o menor altura.

Es posible que este patio proceda, como dije, del atrio de las villas, amoldándose a un tipo de vivienda más humilde. De todos modos, no debemos olvidar que en muchas de nuestras citanias presentan las casas un aditamento conocido con el nombre de vestíbulo, que, si lo desarrollamos un poco, presenta un notable parecido con los actuales patios de muchas de nuestras viviendas rurales. El patio interior que caracteriza a las *casas grandes* tiene menos semejanza con estos vestíbulos ya que constituye un elemento interior de la vivienda cuyo origen por lo tanto parece distinto. Esto se explica si tenemos en cuenta que la mayoría de estas *casas grandes* fueron constituidas casi siempre a imitación de los pazos, que a su vez fueron obra de personas ajenas a la tradición del país en que se levantaba.

En cuanto a los demás elementos del tipo de vivienda rural de nuestros días, los encontramos ya más o menos embrionarios en las citanias. Fuera de un mayor predominio de casas cuadradas a que ya he aludido, el tipo de habitación era sensiblemente igual a los de la época de los castros y su estructura consistía en una adaptación de aquellos elementos. Se observa esto claramente al analizar las habitaciones citanienses muy romanizadas, en las cuales sigue apareciendo la vivienda circular con todos los elementos indígenas, no comenzando el predominio de las plantas cuadradas hasta que las viviendas se independizan del recinto fortificado.

Como los restos que tenemos de esta época de máxima romanización son muy escasos y sobre todo se reducen a la cimentación de las viviendas, nada se puede asegurar respecto al alzado de las casas. Unas escaleras halladas en la citania de Santa Trega parecen demostrar que no eran desconocidas las viviendas de más de una planta. Estas, no obstante, debían de ser escasas, reduciéndose la mayoría a viviendas de planta terrena en las que, por medio de divisiones de piedra unas veces y de simples ramas otras, se separaba la parte destinada a las personas de la que ocupaban los animales. Al lado de la casa y cercado por un muro, mayor o menor según la importancia de la vivienda, aparecía un espacio de terreno destinado a tener algunos de los animales durante el día y que serían también utilizados para ciertos aperos de gran tamaño como los carros, arados, etc. y también a secar y trillar los productos del campo. A semejanza de la mayoría de las casas rurales de hace poco tiempo estarían cubiertas de paja seca de centeno (colmo) sobre una armadura más o menos complicada de maderos que formaban la estructura del tejado. Al parecer, el único hueco de comunicación con el exterior era la puerta, situada a un nivel más alto que el piso de la casa y que el suelo exterior, disposición que encontramos en las citanias y que se conserva, no sabemos hasta cuando, al ser abandonados los castros.

El análisis de la vivienda actual nos permite pensar que los tiempos que siguieron a la entrada de Roma apenas modificaron este estado de cosas. Por un lado, el tradicional apego de nuestra raza a las formas viejas, y por otro, el gran parecido de los tipos de vivienda de hoy con aquellos, dejan ver que, al mantenerse intacta la economía rural, se mantuvo también la vivienda.

El fin de la dominación romana está indicado en nuestra tierra por el comienzo de un período de gran obscuridad: ni los suevos ni más tarde los visigodos parecen haber ejercido una influencia decisiva en la etnografía gallega. Las manifestaciones actuales tienen sus precedentes en una época anterior y, por otra parte, la casi absoluta

carencia de restos que puedan atribuirse con certeza a los suevos y visigodos, fuera de contados monumentos arquitectónicos, plantean un curioso problema, ya que dan la impresión de que durante los 300 años que corresponden al dominio de los bárbaros estuvo Galicia casi totalmente desierta. Sin embargo, quizá convenga tener en cuenta que el conocimiento que en la actualidad tenemos de nuestra cultura protohistórica es bastante deficiente y que posiblemente algunos restos considerados hoy como protohistóricos pertenezcan a periodos posteriores.

La casa rural gallega no parece haber experimentado desde la época céltica grandes modificaciones, ya que en esencia encontramos hoy aún vigentes gran parte de los elementos que caracterizaban a aquellos y probablemente toda la Edad Media se pareció en cuanto a la vivienda de una manera extraordinaria a la actual.

Los restos de villas romanas en Galicia son escasos pero suficientes para dejarnos ver la aparición de un nuevo tipo de explotación agrícola semejante al latifundio actual, y cuyo recuerdo se conserva en el toponímico como ocurre con las entidades de población que llevan los nombres de *Vila*, *Vilar*, *Vilariño*... Estas explotaciones debieron ser en general bastante pobres a juzgar por los escasos restos que de ellas se conocen en Galicia y debieron de conservarse sin grandes modificaciones a través de todo nuestro medioevo. Las variaciones ocurridas en la economía a lo largo de los siglos modificaron indudablemente algunos elementos de la vivienda, pero no creemos que esta fuese afectada de una manera fundamental.

Sin embargo, encontramos en la actualidad dos elementos cuyo desarrollo es indudablemente medieval, aun cuando no lo sea su origen: nos referimos a las plantas altas de las casas y a los hórreos o *canastros*.

En las *pallozas* y en algunas casas de la zona septentrional de Galicia encontramos una dependencia construida sobre la planta baja que, si en un principio sirvió para desahogar la parte habitada proporcionando así un almacén, se convirtió luego en una ampliación de la parte habitada. Se trata del *sobrado*, que nos da un origen de la planta alta que se comunica con la baja por medio de una escalera interior.

Esta explicación no obstante no la creemos válida para aquellas viviendas que tienen la escalera situada en el exterior. Guiándonos por el fácil método de buscar la explicación de los fenómenos relacionados con la vivienda solamente en las características geográficas, nos encontraríamos con la paradoja de un país lluvioso que construya los accesos a sus viviendas a la intemperie. No es fácil hallar una explicación clara a esta contradicción, pero puesto que el hecho existe y la geografía no lo explica,



tenemos que pensar en una razón de carácter histórico cuyo origen no podemos precisar con facilidad. Aun cuando con un solo resultado, creemos ver en las casas de más de una planta dos orígenes distintos: por un lado, el desarrollo del sobrado, que se traduce en casas con escalera interior, y por otro lado, casas ampliadas en sentido vertical, por no permitir el terreno extenderlas horizontalmente, que producirían las actuales viviendas con escalera exterior, que son ciertamente los tipos rurales más abundantes en Galicia.

El sobrado se encuentra actualmente en todos los grados de su evolución en diversas localidades del centro y norte de Galicia, siendo fácil por lo tanto precisar su desarrollo. Pero no ocurre lo mismo con el otro tipo de vivienda de un piso, en el cual, al no existir tipos intermedios entre el inicial de una planta y el ya logrado de dos, no cabe un análisis sistemático de su desarrollo.

Aun cuando predominan en nuestro campo las viviendas de más de una planta no faltan diversas modalidades de casas terrenas en sus aspectos más variados. Aunque cada vez menos usados como habitación humana, es frecuente encontrar casas reducidas a una simple habitación con piso de tierra, con una sola entrada, y en la que, hasta no hace mucho, convivían hombres y animales separados solamente por una división hecha con ramas.

Como variante de este tipo aparece la vivienda con dos entradas: una para las personas y otra para los animales, que corresponden a dos aposentos interiores separados por un tabique de madera o piedra que se comunican entre sí por medio de puertas e incluso de ventanas bajas que permiten servir la comida a los animales sin necesidad de entrar en la cuadra.

Las variaciones dentro de este tipo de casas de una sola planta son muchas, siendo de observar que no es difícil encontrar en las citanias la representación de la mayoría de estas variantes.

Aunque no todas, no dejaremos de indicar aquí algunas de ellas: figuran en primer lugar las chozas de pastores, de madera unas veces y de piedra otras, cubiertas generalmente de paja o tierra, pero entre las que no faltan las cubiertas con falsa cúpula. Normalmente se trata de habitaciones de pequeño tamaño construidas a veces aprovechando rocas naturales, siendo curioso uno de estos refugios hallado por mí, utilizando un dolmen.

Estas construcciones, por constituir refugios temporales son generalmente de pequeño tamaño y carecen en absoluto de comodidades. Las destinadas a vivienda

permanente, hoy rarísimas, tienen mayores dimensiones, aunque no muchas más comodidades. El fuego se enciende en el interior, no existiendo más salida de humos que la puerta de entrada, pues así mismo carecen de ventanas.

Estas viviendas son generalmente de piedra, aun cuando en las destinadas a habitaciones temporales no es raro encontrarlas también de ramas y, sobre todo, de caña. La planta es generalmente cuadrada, habiéndolas también redondas, como en las que atrás hemos indicado con cubierta de falsa cúpula.

El tipo más corriente de esta clase de viviendas es una extendida por toda Galicia, de planta rectangular, cubierta de teja o colmo a dos aguas, sin aleros, con una puerta en uno de los lados mayores, rara vez en las menores, sin ventanas o con un pequeño hueco a manera de ventanillo. Estas casas abundan en la costa y son viviendas de pescadores, no precisando por lo tanto alojamiento para el ganado.

Cuando se las encuentra en el interior, varía ligeramente su estructura al añadirle al lado alguna dependencia para el ganado. Estas viviendas se presentan muchas veces en serie, es decir, adosadas unas a otras por los lados menores y extendiéndose así en un trecho mayor o menor, aunque no es raro tampoco que dejen un espacio entre sí huyendo de la copropiedad de los muros divisorios que tanto repugna a los habitantes del campo gallego.

Como estrechamente emparentado con esta vivienda, podemos considerar otro tipo, en el cual se aprovecha el espacio situado debajo del tejado, como ocurre en las llamadas “casas del remo”. Si este espacio lo ampliamos elevando las paredes laterales, tendremos el sobrado a que antes nos hemos referido.

Todas estas viviendas revelan un grado sumo de pobreza, por eso no puede extrañar que no tengan importancia en ellas las construcciones anejas, ya que por lo general o no las tienen o se reducen a algún modesto cercado adyacente, limitado por un muro o por una valla de ramas.

Ya más atrás hemos indicado la falta de formas intermedias entre las casas de planta baja y aquellas que presentan un piso teniendo el acceso para este en el exterior. El tipo más corriente consiste en una vivienda de planta rectangular, techumbre a dos aguas, acceso por uno de los lados menores por medio de una escalera de piedra sin barandillas y con una pequeña plataforma en la parte superior. La entrada para la planta baja se encuentra al lado de la escalera o bien debajo de ella cobijada por la plataforma.

La distribución interior de los pisos de esas casas es muy sencilla, siendo frecuente encontrar algunas de pequeño tamaño cuyo piso se compone simplemente de una habitación que se utiliza como cocina comedor y dormitorio. Generalmente carecen de huecos fuera de la puerta de entrada. A lo sumo pueden tener un pequeño ventanillo para ventilación. Carecen de chimenea y están techadas casi siempre con paja de centeno (colmo). El tejado tiene sus vertientes hacia los lados mayores, en uno de los cuales, y con carácter excepcional, puede abrirse alguna vez la puerta de entrada al piso superior.

No entro, naturalmente, en el análisis de las modalidades constructivas que presentan las viviendas en lo referente a escaleras, puertas y otros elementos por caer fuera del tema que me propongo desarrollar.

Este tipo de casas últimamente analizado tiene un gran interés porque constituye algo así como el embrión de las casas con piso alto y acceso exterior. A partir de aquí es fácil al parecer el estudio de la génesis de los restantes tipos de casas rurales gallegas.

Directamente relacionado con estas casas encontramos el corredor, gran balcón saledizo que presenta en Galicia la característica de servir de acceso a la casa formando una especie de tránsito entre la escalera y las habitaciones interiores. En efecto, si prolongamos el *patamal* o plataforma superior de la escalera y lo proveemos de un barandal y de un tejado, tenemos logrado el corredor a partir del tipo de vivienda últimamente analizado.

Los tipos intermedios de esta serie evolutiva se encuentran en diversos aspectos de su desarrollo en nuestro campo: se ven así *patamales* con antepechos de piedra. Otras veces este mismo *patamal* se desarrolla con más amplitud ocupando todo un frente, teniendo generalmente en este caso la entrada por uno de los lados mayores de la casa. Teniendo en cuenta que nos ocupamos de un país lluvioso surge inmediatamente la idea lógica de prolongar el alero del tejado, que desciende precisamente en esta dirección, sobre esta plataforma para hacerla utilizable en los días lluviosos. El *patamal*, al principio de piedra, por estar expuesto a la intemperie, pasa luego a construirse de madera y al disminuir su peso se modifican también sus soportes, de piedra en un principio y de madera después. Estos soportes o *canzorros*, así como el mismo corredor, en muchas ocasiones pasan a ser de piedra en las casas de la costa, cuyo aire cargado de humedad así lo exige, dando lugar a las maravillosas *solainas* que son el orgullo de nuestras villas maríneas.

Los tipos intermedios entre las casas con sencilla escalera exterior y las que ostentan amplia *solaina* o corredor se encuentran en toda Galicia, no solo en los centros rurales, sino también en las villas y aún en los núcleos urbanos. Es más; en algunos poblados de la alta montaña es frecuente encontrar corredores que han sido cubiertos totalmente de tablas para aislarlos del ambiente exterior, ampliando así la superficie habitable de la casa con una dependencia aérea en la que se puede ver un remedo de galería, pues no es esta, en realidad, más que un gran balcón, o mejor, corredor aislado por medio de cristales.

Ahora bien; el *patamal* y sus derivados, corredor o *solaina*, prestan otra utilidad a nuestros campesinos y es el espacio cubierto que queda debajo de ellos. En un clima lluvioso y en unas casas en donde conviene aprovechar el espacio, es un gran desahogo el disponer de un sitio en que se puedan guardar algunos instrumentos como el arado, la *grade* y algunos otros, tanto más que, cuando la casa dispone de patio, es a este al que se abre el corredor, quedando entonces a cobro estos objetos y fuera del alcance de las personas ajenas.

Naturalmente, tanto el corredor como las escaleras distan de someterse a un modelo común; antes bien, la situación económica, las exigencias del terreno, la orientación de la casa y el capricho o la fantasía del propietario modifican a su antojo el tipo general dando lugar a múltiples variantes.

Como antes queda dicho, de las casas con sobrado parecen derivarse los pisos altos en las viviendas de escalera interior, en las cuales encontramos también aplicados estos elementos, corredor y *solaina*, aunque es de advertir que con mucha menos frecuencia.

En efecto; estas casas presentan un aspecto más cerrado, más concentrado en sí mismas que las que tienen acceso por afuera, que parecen asomarse por todos sus elementos para vaciarse al exterior. Es frecuente en estas casas el carecer de salientes en las fachadas, limitándose a una serie de ventanas que no se corresponden con huecos semejantes en la planta baja.

Aún en los centros rurales, aparecen pequeños balcones con antepechos de hierro o madera; a veces, estos balcones se prolongan y se cubren con un saliente del tejado, al tiempo que, como consecuencia lógica, se agrandan también sus soportes, pasando así a constituir un tipo de corredor o *solaina* semejante a los anteriormente descritos, pero sin acceso directo desde el exterior.

Los elementos accesorios de las casas rurales, como ventanas, chimeneas, distribución interior, etc., son comunes a los dos tipos de casas y varían poco de unas a otras. Solamente quiero hacer resaltar la importancia de la cocina, que es la pieza fundamental y por la que generalmente se verifica el ingreso. Las restantes habitaciones son como una consecuencia de ella.

Es frecuente que se encuentre en el piso alto, pero no faltan curiosos modelos de viviendas que recuerdan el tipo de casas de una sola planta. En estas, el bajo se halla dividido en dos por un pasillo. Uno de los lados lo ocupa la cocina y el otro las cuerdas, que pueden ser atendidas sin salir al exterior por medio de unas ventanas que se abren desde el pasillo sobre los pesebres. Al fondo, se encuentra la escalera de acceso al piso superior, ocupado por los dormitorios y la inevitable habitación de respeto.

Es de notar que en la casa rural gallega destaca una nota interesante que se patentiza de una manera especial en las viviendas que no presentan balcones, corredores ni cualquier otro tipo de salientes: me refiero a la ausencia de aleros en los tejados. Estamos habituados a considerar, sin un examen riguroso de la realidad, los aleros de gran saledizo como característicos de las zonas lluviosas, sin querer ver la lección de la geografía práctica que nos muestra un país húmedo como Galicia carente de saledizos en los tejados, mientras que otros secos como el centro de Aragón ostentan en sus casas aleros verdaderamente monumentales.

Íntimamente ligadas con las casas rurales que presentan corredores, *solainas* y galerías, están las provistas de porches o soportales, pero es de advertir que este elemento solamente adquiere su pleno desarrollo cuando la casa rural se traslada a la villa o a la ciudad. No obstante, es necesario considerar como precedente inmediato de estas casas las viviendas rurales provistas de corredor o *solaina* no apoyados en *canzorros* sino descansando en columnas que forman así un tipo de soportal que encontramos también en los centros urbanos, aunque lo más frecuente es que el elemento avanzado de la casa descansa sobre arcos.

La galería, derivada del corredor, predomina sobre este en la ciudad, aunque no lo elimina, pues es frecuente encontrar casas en las cuales el piso superior presenta un corredor en su frente.

Es preciso aquí hacer algunas observaciones sobre nuestras viviendas rurales en sus relaciones con las villegas y las urbanas.

Galicia es una región esencialmente rural. La inmensa mayoría de su población vive en el campo y es este mismo campo quien le da su tónica cultural y económica. Mientras este gran nivelador que llamamos progreso no se lanzó sobre nuestras ciudades y sobre nuestras villas para hacer desaparecer en ellas su personalidad, las ciudades gallegas tuvieron en su organización, en sus costumbres y en toda su estructura un matiz eminentemente campesino. Así, la vivienda ciudadana fue una simple evolución de la del campo, pudiendo decir que se trata simplemente de la urbanización de la casa rural.

De este tránsito de la aldea a la ciudad, tenemos un salón en las viviendas de las villas, en las que encontramos unas construcciones hechas para cubrir las necesidades del campo, pero tratadas ya al modo ciudadano.

Y como variante de la casa villega figura la que nuestros investigadores llaman “casa da beira da estrada”. Estas viviendas presentan una doble faz: una que se abre a la carretera y otra posterior que se abre al campo. La primera presenta las características de la casa urbana, sin salientes y algunas veces, las menos, con acceso interior por este lado, aunque lo más frecuente es que su planta baja sea utilizada para instalar en ella algún negocio. La parte posterior presenta elementos rurales, con el acceso y las dependencias propias de la vivienda campesina.

Estos dos elementos de las *casas da beira da estrada*, el rural y el urbano, aun cuando convivan muchas veces en la casa villega, comienzan a disociarse, ya que estos dos elementos responden a dos tipos: de economía agrícola y la economía industrial. En la aldea, el negocio es un complemento de la agricultura, mientras que en la villa constituye ya un medio de vida al que por lo tanto es necesario adaptar la vivienda.

Ahora bien, en esta evolución de la casa podemos señalar dos etapas no solo distintas sino incluso opuestas. En la primera son las casas rurales las que, conservando sus elementos fundamentales, se adaptan a su nuevo destino: ejemplo de ellas lo tenemos en lo que queda en aquellas villas gallegas sobre las que pesa una tradición histórica y que deben su existencia a una casa señorial, a un castillo o a un monasterio. En la segunda etapa son las casas de la ciudad las que invaden la villa y la convierten en un remedo urbano, como ocurre en las villas modernas que deben su existencia a las carreteras, ferrocarriles o explotaciones industriales.

En la ciudad se acusa más este fenómeno de disociación, ya que la vivienda y la explotación agrícola se distancian ocupando esta los alrededores y estableciéndose aquella en el núcleo. Sin embargo, esta disociación no es completa, ya que la antigua

economía agrícola de nuestras ciudades las ligaba hasta cierto punto al campo y, si las viviendas urbanas no eran ya centros de explotación, conservaban en parte el carácter de almacenes y de aquí la necesidad de dotarlas de dependencias apropiadas para la conservación de ciertos productos como el vino, las patatas, etc.

La especial estructura de la ciudad impide a las casas el acceso por escaleras exteriores, predominando, por lo tanto, de una manera absoluta las casas con escalera interna, pero conservando en muchas de nuestras ciudades una serie de elementos cuyo origen es preciso buscar en sus prototipos rurales. Como tales podemos considerar el patio central rodeado por una balconada de madera en cada piso, que no es más que el desarrollo y adaptación de los patios y corredores campesinos. Otro tanto puede decirse de los corredores en los pisos altos de la fachada a que antes he aludido. Estos corredores cerrados por medio de cristalerías constituyen las galerías, tan características de algunas ciudades gallegas.

Me refiero, claro está, a las casas que predominaron hasta mediados del siglo pasado. A partir de entonces la uniformidad característica de los tiempos actuales se impuso en nuestras ciudades, y los núcleos urbanos de la Galicia actual solamente se diferencian de los demás en su mayor o menor extensión.

Mención especial merecen dos tipos de viviendas características de nuestra tierra. Me refiero a las casas grandes y a los pazos.

La casa grande es la heredera directa de las villas romanas en el aspecto económico. Como aquellas, tiene una economía cerrada, disfrutando de una completa autarquía. Los moradores de la casa grande tienen consigo todos los elementos necesarios para la vida sin necesidad de traspasar los límites de su vivienda. La casa grande se desarrolla en dos tres o cuatro cuerpos en torno a un patio central del que arrancan las escaleras que conducen al piso alto, a lo largo del cual se extiende un corredor. La planta baja se la destina no solo a cuadras para el ganado, sino también para otra serie de dependencias entre las que encontramos la *tulla* para el grano, la bodega para la elaboración y conservación del vino, cuando existe cosecha propia y cuando no para su almacenaje, otra bodega destinada a guardar las carnes saladas, otra dependencia para la leña, el horno, que unas veces forma parte de la misma casa y otras se construye en cualquiera de las partes anejas a la casa, etc.

Como es natural el número y tipo de estas dependencias varían según la localidad y los productos que se benefician, encontrándose así locales destinados a la elaboración y conservación del aceite, el lino, etc. El piso alto de la casa grande se destina a vivienda

y en ella destaca como elemento fundamental la cocina con su *lareira*, cubierta por una gran campana y rodeada de bancos y *escanos* en donde los moradores y convecinos dejan transcurrir las largas horas de las noches invernales de Galicia.

Además del patio principal, tiene también la casa grande alguna huerta a su lado en la que se encuentran una fuente o un pozo, con el tanque para lavar, el *canastro* destinado a guardar el maíz, el corral para las gallinas y en la que finalmente se cultivan las hortalizas destinadas al consumo en fresco. Figura también aquí el pajar, destinado a guardar el alimento del ganado, el palomar y las hileras de colmenas para la producción de la miel y de la cera. Algunas casas grandes tienen un segundo patio, que se destina entonces al ganado menudo y en el que se construye un alpendre o *combarrizo* para guardar la leña.

A veces la casa grande quiere ser algo más y entonces los hidalgos campesinos colocan sus escudos en la fachada y poseen un pequeño oratorio o capilla que recuerda sus reales o imaginadas glorias pretéritas.

En esta forma, la casa grande se basta a sí misma y, una vez terminadas las labores veraniegas y recogidos los productos, viven sus habitantes sin temer al frío ni al mal tiempo y teniendo al alcance de su mano todos los elementos necesarios para la vida.

Una ampliación sobre todo en el aspecto económico y señorial de la casa grande lo constituye el pazo, mayor y, sobre todo, más rico, y en el que predomina la tradición de hidalguía. En el pazo se unen dos elementos: el popular y el culto, con predominio de este último. Sus elementos, de origen popular, son interpretados de una forma culta por sus autores y su estudio cae ya por lo tanto fuera de estas notas.

Únicamente conviene resaltar que su origen no es meramente económico, como en la casa grande, ya que el pazo es, más que la vivienda del dueño, la morada del señor encargado del gobierno, y así como a la casa grande hemos encontrado el paralelo en la villa romana, el origen del pazo es menester buscarlo en los castillos feudales, no por su construcción, sino por el papel que desempeñan, o mejor dicho desempeñaron, como centros de una jurisdicción.

En el aspecto formal, el pazo recuerda el doble origen: campesino por su economía y señorial por las torres y baluartes que, como miembros atrofiados, permiten aún reconocer su estirpe guerrera. Por esto el estudio del pazo corresponde más a la arqueología que a la etnografía, pues en el aspecto que a esta última interesa, nada nuevo ofrece el pazo si se exceptúan aquellos elementos dependientes de su carácter

agrícola y que no son más que los que llevamos ya vistos en las viviendas rurales, aunque desarrolladas de acuerdo con la mayor riqueza que caracteriza los pazos.

He aquí en rápida visión, un cuadro forzosamente muy simple e incompleto del panorama de la casa gallega. No pretende haber agotado la materia ni mucho menos haber llegado a una conclusión definitiva. Lo que sí me interesa advertir es que no intento haber establecido una evolución tipológica con plena realidad científica. La evolución de la cultura popular en cualquiera de sus manifestaciones es mucho más complicada de lo que nosotros queremos admitir y sobre todo mucho más compleja de lo que nuestras clasificaciones, preconcebidas muchas veces, son capaces de abarcar.

La multitud de elementos que intervienen y con los que es preciso contar, lo hace semejar al problema de los cuerpos en el espacio, en el que mientras estos aumentan en proporción aritmética, las dificultades crecen en progresión geométrica. De todos modos, esta ojeada al problema de la vivienda nos permite llegar a conclusiones interesantes que pueden aclarar algunos de sus aspectos.

Destaca en primer lugar la necesidad de desligarse de un rígido determinismo geográfico. El espíritu tiene un valor e impone sus tendencias muchas veces en contra de la misma geografía. La historia, la raza, las creencias, las preocupaciones imprimen su carácter a la obra del pueblo y es necesario tenerlas en cuenta, so pena de plantear el problema con datos insuficientes.

A mi juicio, está clara la raíz de donde arranca la vivienda de nuestro campo: allá en la penumbra de nuestro neolítico germinó la semilla cuyo espíritu informó las etapas sucesivas de nuestras casas, sufriendo una serie de influencias y modificaciones que, si cambiaron a veces su aspecto, respetaron no obstante su más íntima esencia, permitiéndonos, aún hoy, vislumbrar su germen remoto.

Finalmente, una vez más nos permite la investigación comprobar el hecho de la extraordinaria vitalidad de los elementos ancestrales de nuestra cultura y el profundo arcaísmo de las formas populares gallegas.

He dicho.

Resposta do excelentísimo señor don
Ramón Otero Pedrayo



Señor Presidente, señores académicos,
señoras y señores.

La calle de la Paz, antigua “rúa dos Zapateiros”, de Orense debe tal vez su gracia, su innegable atractivo, siendo vieja, nada monumental y más pobre que rica, a una leve curvatura que se permite inscribir en su horizonte aspectos de la catedral y de la plaza del Hierro, y matiza la niebla de los cortos días de entre la Inmaculada y las Candelas y el poderoso sol de las espaciosas tardes estivales... En los tiempos de la botica de Sánchez Toca, establecida en el número [12], de las rondas de los últimos corregidores del Antiguo Régimen, de los desfiles en obsequio a Quiroga en 1820 y a Yriarte en 1840, la calle de la Paz ostentaba voladizos panzudos y balcones de madera tan grandes y salientes que estorbaban el desfile de estandartes e imágenes en las procesiones. Joaquín Lorenzo, de haberlos podido recordar, hubiera registrado tales caracteres de la vivienda gallega... Los excesivos balcones de “palo”, como en otras latitudes, las desproporcionadas cornisas responden quizá inconscientemente en la idea de los propietarios, a un prurito de vanidad de igual raíz al que decide los labra de los grandes escudos...

En la calle de la Paz orensana la sombra es fresca y azul en el verano, siempre alegre y brillante el reflejo de cristales y galerías, anima la música de las campanas de son de alborada pocas veces empañado de la catedral, en la alta noche, unos pasos, un cantar, cobran singular intimismo y un afectuoso carácter de la vecindad ciudadana. En ninguna parte una mano femenina entreabre una ventana con tal sentido de la composición de la calle y de la hora y el momento. Con el crecimiento de la ciudad, la calle de la Paz, con su viejo e ilustre teatro, va quedando olvidada, emigran las familias “conocidas”, ya solo la dolorida y pobre procesión del Ecce Homo y alguna

de San Antonio pasan por ella cuando en otro tiempo no había otra en que “lucieran” tanto las grandes del Corpus y del Santo Entierro. En la de la Soledad, noche del Viernes Santo, al alzarse en la plaza del Hierro el planto conmovedor del “¡Ay de mí!”, las filas de luces en manos de mujeres temblaban en la tendida curva de la calle de la Paz como en un viento de infinito desconsuelo y amor...

Comprenderéis, Señores, que con estos recuerdos deseo aplazar un poco la ineludible declaración. Joaquín Lorenzo Fernández y yo hemos nacido y vivimos, frente por frente, en el mismo segmento de la calle de la Paz orensana. En la misma vecindad vivió los más de sus breves y fecundos años, llenos de esperanzas, Jorge Lorenzo, hermando del insigne investigador hoy recibido con toda la honra debida a sus méritos en esta Academia. Joaquín y Jorge, “Xocas” y “Xurxo”, hermanos inseparables, criados en los mismos amores y aficiones, no se podían comprender en sus adolescencias el uno sin el otro. Dibujaban, investigaban, estudiaban juntos, y, caso bien poco frecuente, seguían los dos hermanos los cursos de la misma Facultad de Filosofía y Letras.

El perfil de un castro en el horizonte, las siglas de una vieja escritura, el orbe de una moneda, cualquiera forma expresiva, fresca, del arte y la industria populares, apasionaban a los dos por igual. La grave y verde tierra de Lobeira, de tempranos otoños, se declaraba en su belleza de montaña en las vacaciones de ambos hermanos y los dos pasaron incomparables jornadas de su primera juventud de estudiantes al lado del ilustre y venerable D. Salvador Cabeza de León, del erudito y generoso maestro D. Jesús Carro, en el Seminario de Estudios Galegos. Viéndolos en sus primeros años universitarios venían a la memoria los perfiles, de los grabados románticos, de los hermanos Grimm, de los Thierry. El Señor quiso llamar a su lado al más joven. La noche del [5] de [abril] de [1934] velamos en Orense, sus maestros y amigos, el cuerpo de “Xurxo” traído de lejana tierra. Jamás podremos olvidar aquella gentileza y simpatía.

Habla, en estos momentos, un hombre que recuerda el nacimiento y la niñez de los hermanos Lorenzo y fue su maestro en las aulas de Instituto orensano abiertas al fondo matizado y sensible a los cambios estacionales con singular expresividad de las colinas del Salto do Can y Montealegre, a la gracia del jardín decimonónico de Orense, el Posío. En la misma calle nació y vivió sus años de Bachillerato Vicente Risco, en la casa, casi bajo el mismo techo, del que os habla. Quizá domine en estos recuerdos traídos a una solemnidad académica no poco egoísmo sentimental.

Perdonadme. Tratando de Joaquín Lorenzo, de su hermano para todos los que le conocimos vivo en el afecto, del gran poeta Noriega Varela, predecesor de Lorenzo en el lugar de la Academia, mi amigo durante tantos años, no podría, no sabría, cumpliendo un honrosísimo encargo, componer un discurso de cortesía y justicia objetivas.

Acabamos de oír un discurso preciso, finamente documentado. Concentra y expone la doctrina de monografías y estudios practicados en la viviente realidad gallega. Es impresionante la dimensión temporal suscitada por nuestro nuevo compañero al comienzo de su exposición histórica de la casa gallega: conocemos la prerromana y la actual. Revelaron una parte de sus secretos las moradas de las citanias, las conmovedoras piedras, hace siglos frías, envueltas las más de las veces en la austeridad del ropaje del yermo... Podemos seguir en los islotes de arcaísmo en nuestros días, en el espíritu autóctono, inconsciente, que anima las construcciones y adaptaciones actuales, la continuación de una esquemática y expresividad tradicionales. El tema es de importancia suma. Se construye mucho en Galicia. Al lado de las viejas acrópolis aldeanas surgen grupos a lo largo del fluir de los caminos, y en casi todas las ciudades y villas antiguas, nuevos círculos urbanos señalan en tiempos apresurados o lentos el creciente imperio de las vivencias de la calle o del grupo urbano. La salvación de nuestra personalidad artística está en conservar lo nuestro, en injertar en nuestro espino, rudamente hermoso y nuestro, los rosales de afuera dignos de figurar en nuestros conjuntos. Para ello, por el honor y prestigio del nombre gallego, es urgente el estudio completo de nuestra arquitectura doméstica y merecen redoblados plácemes quienes como Joaquín Lorenzo buscan sus raíces, formas evolutivas y sorpresas imprevistas. Solo así se llegará quizás algún día a saber algo preciso de la casa rural en los siglos de San Rosendo y de Gelmírez, de los comprendidos en el “otoño de la Edad Media”, de las casas en que vivieron mal o bien las heroicas generaciones autoras de la escultura de las cuevas en “sualcos”, las criadoras y mantenedoras del “humus nutricional” de Galicia. Mucho enseñan las escrituras referentes al dominio de la tierra —el problema eje de la historia gallega— adeusadas en los archivos sobre todo desde el siglo XVII. Se percibe el núcleo del “lugar”, la íntima asociación de la “casa de fuego?” con las obras secundarias y esenciales al cultivo, el predominio de la cocina, el valor de los resíos, lobios y terreos. Antes poca luz tenemos con la excepción de algunos pasajes literarios. Recordemos ciertos momentos de la viva narración de la “Compostelana” aunque se refieran a una ciudad rica, cosmopolita, muy influida.

Joaquín Lorenzo aparece en la claridad de su designio, en la pureza y extremada conciencia de su cumplimiento en todos y cada uno de sus estudios, aun en una breve nota. Nada deja al azar en la preparación de sus trabajos. Limita y mantiene sometida a la hipótesis, no se descorazona nunca, es en suma la encarnación ejemplar del arqueólogo ante unas ruinas, del etnógrafo interrogando a un paisano o viviendo sin perder detalle los ritos expresivos y profundos de una fiesta, de una recolección, las propias horas diarias de la existencia de la aldea. Por su fina técnica, maestro de investigadores, de la familia de jóvenes por fortuna cada día mayor y más coordinada en tierras de España y Portugal. Joaquín Lorenzo honra a los que le iniciaron en investigaciones que no ofrecen al principio la recompensa de otros rumbos de trabajo. Al comienzo del que acabamos de aplaudir, se refiere, de un modo general, Joaquín Lorenzo a sus maestros e iniciadores. Un nombre ilustre y respetado aun por dicha joven y en plena labor, está en estos momentos en el recuerdo de todos y brilla como presidiendo conjuntamente con nuestro ilustre Presidente, esta recepción; apenas será necesario pronunciarlo: Florentino L. A. Cuevillas. Maestro y en todos los campos de la arqueología prehistórica iniciador y siempre trabajador de primera mano Cuevillas es hace años en Galicia, en España toda, en los círculos de especialistas del mundo un nombre aplaudido e indispensable por la seguridad de sus afirmaciones y el rigor de sus hipótesis, la gracia descriptiva no reñida con la conciencia profesional y la noble perseverancia en el trabajo. Cuevillas fue para la Prehistoria del NO hispánico lo que Winkelmann para el arte clásico o Evans para la civilización condensada en los grandes palacios-ciudades de Creta.

No en este recinto, pero sí fuera de él y aun entre personas de lectura y estudios queda el concepto falso del arqueólogo flotando cerca de algunos de estos dos extremos: o el chiflado, loco por descubrir escenarios y testimonios de hechos rotundos de la historia como el Miedes de Sigüenza en una novela de Pérez Galdós, y casi siempre víctima de la megalomanía localista; o el frío y casi mecánico catalogador de piedras, extraño al fluir de la vida, coleccionista de antigüedades como pudiera serlo de objetos banales. Joaquín Lorenzo, excavando un castro, dirigiendo la exhumación de una necrópolis olvida el día, el tiempo, el apetito. Su mirada penetra, espera, registra en un instante la tierra oscura en que puede brillar su partecita de cerámica más preciosa que una joya, más que la impresión de una flor en la roca para el botánico. El entusiasmo y la sagacidad de Joaquín Lorenzo se comunica a los obreros desde el primer día encendidos en el mismo sagrado fuego, y hasta a los alcaldes y aun a los propietarios siempre un poco recelosos aunque la vanagloria de

tener algo excepcional en su predio luce con la desconfianza. Joaquín Lorenzo, en lo amplio de su esfera de acción, prefiere a mi manera de ver las formas de la cultura de los castros, aurora de sereno y esperanzado lucir de la personalidad histórica de Galicia, y el carro labriego entre los logros profundos, eternos y expresivos del arte y la industria populares. Lo dicho no quiere afirmar apartamiento de otras gratas preocupaciones. Baste el recuerdo de su colaboración con el sabio medievalista e historiador D. Jesús Ferro Couselo, al que pronto esperamos saludar en esta Corporación, en el admirable estudio de la capilla del Stmo. Cristo de Orense [*Boletín del Museo Arqueológico Provincial de Orense*, 1 (1943), pp. 5-68]. Sus trabajos en iglesias románicas y modernas, como entre las últimas el dedicado a la hermosa de Santa María la Real de Entrimo, los estudios geográficos de regiones gallegas. Posee el “sentido” de la proporción y función de las cosas y procesos en el horizonte histórico y le ayudan su pericia en la fotografía y en el dibujo. El dibujar bien, con verdad, guardando “el acento” es hereditario en Joaquín Lorenzo. Ilustra con infatigable vocación sus trabajos y los de sus amigos. Es dueño del arte de la composición escenográfica y hubiera sido un admirable decorador y escenógrafo. Como algunos grandes arquitectos poseen algún o algunos oficios de la construcción —y quizás sin ellos no llegue a grande ni siquiera a bueno ningún arquitecto— Joaquín Lorenzo es gran etnógrafo porque sabe algunos oficios, puede juzgar de los objetos porque los “ve” hacerse...

Solo un prehistoriador y etnógrafo podría citar y disponer orgánicamente los estudios del nuevo académico, por temas y en ciclos cronológicos. Solo citaré en este momento algunos porque los recuerdo o porque me ha impresionado singularmente. He aquí el momento de escribir y de pronunciar algo pensado por muchos —por todos los que le conocen— al oír a Joaquín Lorenzo en sus primeras palabras en esta sesión. Hace, son sus palabras, el balance de su labor. Todos esperamos que, si El Señor le dispensa salud y años, la hermosa labor, variada y fecunda, realizada será el fundamento y la preparación de otra, en los mismos rumbos, hacia iguales metas, aun más valiosa como acendrada en la incomparable experiencia.

Un ferviente amor a Galicia le inspira y sostiene. Un amor encendido y perceptible a través de la objetividad de sus estudios. Leed el precioso dedicado a dos industrias caseras, tradicionales, campesinas, cuyos solos nombres despiertan la visión de verdes y de blancos, de nevados yermos de rebaños y la gracia de la rueca y de las manos jóvenes o viejas, siempre sugerentes, que la mueven. En este estudio, “O liño e a lá”, Lorenzo alienta en el intimismo de la aldea. En el catálogo de castros

emprendido por el Seminario de Estudios Galegos queda el nombre de Lorenzo como uno de los primeros colaboradores. No podría ni me atrevería a decir si le atraen más los castros o las iglesias prerrománicas. Sobre los castros tiene preciadas monografías, y no siempre los númenes castreños le fueron propicios —divinidades al fin ingratas como de paganía— pues en un castro del Bierzo fue herido en los primeros días de nuestra última guerra civil.

Conferenciante de sólida doctrina y ceñido verbo, colaborador en el grupo “Marcelo Macías”, redactor del *Boletín del Museo Arqueológico de Orense*, director del de la Comisión provincial de Monumentos de sostenida notoriedad a través de las sucesivas generaciones de redactores, Joaquín Lorenzo trabaja en diversas excavaciones, en tierras del Alto Ribeiro de Avia, con el mismo sereno entusiasmo que hace años en Troña o en Borneiro, o registrando en una completa monografía los “silos” de Villacañas, clásico paisaje de las llanuras de Castilla la Nueva.

Al hablar de nuestro compañero si debiera y pudiera escribir un estudio completo sería injusto no recordar otros investigadores de prehistoria y etnografía. Forman los gallegos una especie de comunidad sin otros cánones y ritos que los de la amistad, ni otro gobierno que la severidad del método, y con la virtud de ayudarse unos a otros, sin que nunca levante la envidia o el despecho su chata cabeza. Los hombres de la generación de Joaquín Lorenzo, algunos que la anteceden y otros que la siguen, renovaron los métodos y perspectivas, sobre todo los métodos de la historia de Galicia, conservan una fraternidad y amor de estudiantes. El espíritu que lleva a Joaquín Lorenzo a dejar la ordenación de sus papeletas y correr a las excavaciones de Santa Mariña de Augas Santas, por ejemplo, donde la leyenda milagrosa y sus huellas son el velo de un palpitante pasado histórico, es común a los grupos de jóvenes de cuya labor se puede esperar los cimientos y los perfiles de una total construcción histórica digna de encerrar lo viviente de los siglos pretéritos de Galicia.

Si Joaquín Lorenzo vive en las noches de los castros cuando el fuego del hogar espantaba las fieras y las trirremes massaliotas de Pyhtea el navegante pasaban asombradas ante los inéditos promontorios occidentales de Galicia, si con gusto en escarchada mañana de campanas y sol hubiera labrado un tímpano de expresivo simbolismo, encargo de San Rosendo o de alguna iglesia benedictina, creo que guarda sus mejores entusiasmos los primeros y siempre renovados para el carro gallego. Lo ama y lo estudia. Conoce su fábrica y su estética, sus relaciones y sus variedades. Sin duda la revelación del ser inmortal de Galicia fue en Joaquín Lorenzo obra de las

secuencias y largos motivos de los carros cargados de leña en el invierno, de los carros de heno amigos, como los viejos labriegos, de entrar en la noche fragante de los caminos y los lugares dormidos. Con el ritmo del carro, con la riqueza ornamental y la lentitud segura y ensoñadora, vivieron poetas como Pondal, Rosalía y Cabanillas algunos de sus momentos inmortales. El libro definitivo de Joaquín Lorenzo sobre el carro gallego debe llevar en la portada con el fragmento pondaliano:

Por o baixo cantando
o bó bergantián...

y el de Rosalía:

Cantar dos carros na Ponte...

el poema de Cabanillas “Meu carriño”. En este punto, Florentino Cuevillas escribió algo perfecto, sobre el espíritu, la técnica y el alto y puro ideal del que llama el Herodoto del carro gallego...

Joaquín Lorenzo menciona con respeto y amor en la primera parte de su discurso los nombres de Don Wenceslao Requejo y Don Antonio Noriega Varela. Solo a través de sus amigos y por su nombradía de positivo saber y consejo he conocido al primero... en cambio la amistad entre el autor de *D'o ermo* y quien tiene el honor de dirigiros la palabra fue, aunque empezada tardíamente, larga, constante, nunca entibiada, a prueba de distancias. Noriega Varela era poco conocido en la Galicia del Sur. Uno de los pocos ejemplares de *Montañesas* que sin duda se vendieron en las viejas librerías del Espolón de la plaza mayor de Orense lo compró por curiosidad de viajero en un aburrimento de un cuarto de hora el ilustre Víctor Said Armesto, desde los primeros versos decidido partidario del poeta. En Orense tuve el honor de presentar en el Ateneo, presidido por D. Marcelo Macías, al poeta de las flores de tojo. Estaban en el Salón —una aula del Instituto— con D. Marcelo, Antonio Losada Diéguez, Primitivo R. Sanjurjo, Vicente Risco, Cuevillas... Desde aquel momento Noriega adquirió carta de vecindad en la simpatía orensana. Amigo de los noctámbulos, él, con toda su inspirada gravedad de silencios de montaña, fino cataador de los encantos de la alta noche ciudadana. Noriega Varela las veces que bajaba a Orense era corifeo de las tertulias solo deshechas con el día... Nuestra amistad se

desarrolló en la tierra de grandes horizontes, parcas heredades, tempranas cosechas y largos otoños de Trasalba, labio suave del valle del Miño, viento de sierra, inicio de ribeira esmaltada de antiguas viñas. En el camino de Fechos, en el campo de petrucios castaños del Outeiro, en las cuestas del Vedral —el paisaje más de su gusto por las asambleas de peñascos y la belleza de los horizontes presididos por cúpulas y lomos graníticos—, Noriega y yo hemos tratado de lo divino y lo humano. Volvían los recuerdos de Noriega, el mundo de su vieja ciudad, el aroma de las parroquias montesías, los amigos muertos, los primeros ensayos poéticos. Noriega recitaba las solemnes estrofas de Herculano, se entusiasmaba con los resplandecientes sonetos del brasileño Olavo Bilac, hablaba de Teixeira de Pascoaes y de Rosalía... Muchas hermosas composiciones de Noriega Varela nacieron en Trasalba, algunas conservan un nombre, un recuerdo preciso de aquellas tierras. Sin un estudio acabado de la fase “orensana” no podrá escribirse una buena biografía de Noriega. No sería temeraria la opinión de haber acendrado el poeta en Trasalba las fuentes y las formas de sus poemas menos costumbristas, más aproximados al íntimo hechizo del alma gallega, más graves y saudosos...

Una vez más, señor Presidente, Sras. y Sres., cumplo con el honroso cometido de dar la bienvenida en nombre de nuestra Corporación a un nuevo académico. En todos nosotros es patente la alegría al recibir en nuestra vecindad oficialmente a quien desde hace años esperábamos considerándole como nuestro. En el que os habla en estos momentos brilla una satisfacción más honda e indescriptible: el sentimiento conmovido del que vio niño, vecino y alumno al eminente investigador, al hombre de ciencia de hoy.

He dicho.

Real Academia Galega
Rúa Tabernas, 11
15001 A Coruña
www.academia.gal



REAL ACADEMIA GALEGA

